

“Emilia de Zuleta: la pasión de enseñar y de vivir”

Jaime Correas

Uno de los grandes privilegios de mi vida ha sido conocer a un conjunto de personalidades extraordinarias de Mendoza. Entre ellas, una de las notables es Emilia Puceiro de Zuleta. Es profundamente mendocina, a pesar de que nació en Palermo en 1925, cerca de este edificio, y viajó en la infancia a la Galicia de sus mayores. Vivió dos años allá y esa experiencia la marcó. Se educó junto a la cordillera de Los Andes, donde llegó a los once años. En el oasis rodeado de desierto conoció el estudio, la amistad y el amor. Cuando la visité hace unos días por sus cien años me habló de su constante nostalgia por esa tierra propia y añorada, llena de recuerdos vitales. Mendoza la vio crecer desde una juventud inquieta hasta convertirse en una figura literaria con repercusión internacional. Alguna vez escribió: “Heredé de mis padres la nostalgia de Galicia, de sus casonas de piedra, aquellos verdes tiernos e intensos, aquella luz tamizada por el orballo, esa lluvia menuda que no alcanza a ser lluvia, esa niebla baja que difumina los espacios del campo y atenúa los sonidos de la ciudad. Son cosas que vienen con la sangre y acoge el corazón si uno es fiel a sus orígenes. De allí viene mi sentido de lo mágico que contrapesa mi sólido realismo y el hábito de soñar despierta. Pero también heredé Mendoza de mi padre, que se enamoró de esta tierra tan diferente de la suya y quiso ser campesino, jugándose en “la voltaria rueda del año”, como dice Machado, el fruto de muchos trabajos anteriores. De él heredé Mendoza, el deslumbramiento de su sol y de su cielo implacablemente azul y, sobre todo, mi amor a Mendoza. Amor a su paisaje natural, áspero, difícil en la piedra infinita cantada por Ramponi”.

Emilia es ante todo una poderosa lectora. Sé que le gustará que evoque hoy a su maestra Sara Agüero Hernández, a la que ella siempre recuerda con afecto y agradecimiento por su impulso en la pasión de leer. Su complicidad empezó en las aulas del secundario y se continuó en una amistad de cincuenta años.

Cuando pienso en Emilia, se me presenta mi abuela Angèle San Martín de Correas, a quien definiera en una carta que atesoro entre mis papeles más queridos como “mi amiga entrañable y compañera de lecturas”. Esa definición cariñosa me remite a mi casa de infancia en la calle 25 de Mayo, repleta de libros y desenvolviéndose bajo la presencia tutelar de la madre de mi padre trabajando en su taller de encuadernación. Era un mundo de mujeres al que Emilia estaba amorosamente emparentada.

¿Quién siento entonces que es Emilia de Zuleta? La lista de mis deudas con ella es tan extensa que podría definirla como una acreedora impagable. Sin embargo, como un modo ineficaz de honrar todo lo recibido los invito a hacer un breve recorrido por algunas anécdotas surgidas del azar de la memoria, para, en ese peregrinar, contarles sobre su personalidad y dar respuesta a la pregunta disparadora.

Emilia ha sido desde niña una lectora feroz, incansable y sutil. Su actitud se manifestó hacia quienes la tuvimos cerca al menos de dos modos, ligados a su condición esencial de maestra. En sus escritos señala con precisión caminos. Por ejemplo, escribió para referirse a la situación de la crítica literaria, su profesión y una de sus mayores preocupaciones intelectuales: “Maestros y discípulos ya no leen poemas, novelas, dramas o ensayos sino teoría, crítica y crítica de la crítica. El texto sustituye a la obra y es sometido a las operaciones de la lectura deconstructiva que busca lo paradójico, lo contradictorio, lo indeterminado y maleable, las aporías. Estos ejercicios entre lo seudorracional y lo irracional y el juego, son casi siempre arbitrarios, ilimitados y oscuros, pero sin duda coherentes con la negación de las esencias y del sentido. Pero la libertad de estas prácticas es sólo

aparente pues se hallan sometidas a la presiones de las modas, de las prescripciones de la crítica académica, de las editoriales y de las revistas. ¿Cuál será el próximo movimiento? No lo sabemos, pero podemos preguntarnos hacia dónde vamos.” Y sobre el final se responde y nos enseña: “el crítico, que es un lector responsable, deberá desarrollar su capacidad intelectual, perfeccionar sus saberes y potencias, sus principios morales: humildad, coraje, tenacidad, paciencia y altruismo para interesarse por lo demás, por la vida representada en el texto, por los escritores y por la comunidad de lectores de la cual él mismo es partícipe.” Es decir, nos plantea el problema y nos deja un programa. Una característica del magisterio de Emilia fue que siempre nos dio un impulso para avanzar en un proyecto. Miro hacia atrás y me encuentro con innumerables trabajos que no hubiera encarado sin ella, sin su acicate.

Hablé de dos modos de leer en Emilia. El primero es el crítico, el profesional, al que ella rehumaniza contra las corrientes a la moda, acercándolo al segundo, al otro, que es el que más me interesa porque me siento su seguidor, su discípulo. Es el personal, el íntimo, pero que ella se animaba a llevar a la cátedra cuando nos recomendaba en clases: “cuándo un libro no les interese, déjenlo”.

Daba ese consejo en un contexto de lecturas obligatorias. Pero no era el argumento para el facilismo de no leer y propugnar un espontaneísmo estúpido que también ha estado a la orden del día. Se podía dejar un libro si no nos atrapaba, aunque fuera célebre, a condición de tomar otro y leerlo apasionadamente. Esa era su gran lección.

Quizás una de mis deudas mayores con Emilia devenga del descubrimiento temprano durante mi carrera universitaria de que ella había sido alumna de Julio Cortázar. Confieso que, lector entusiasmado de “Rayuela” y de sus cuentos inquietantes en aquellos años jóvenes, esa filiación que por su intermedio me llegaba en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, me conmocionó y alentó a investigar lo

sucedido. De ese hallazgo nacieron dos libros y la convicción de que las geografías humanas se alimentan de relaciones familiares y amistosas, de filiaciones y encuentros fortuitos que están escondidos y que hay que saber buscar e interpretar para entender los sitios. El lugar, a no dudarlo, de esa geografía que nos unía, llevó a que el segundo libro se llamara “Cortázar en Mendoza. Un encuentro crucial” (2014) que obtuvo en 2015, por la generosa atención de los miembros de esta institución, el Premio Literario Academia Argentina de Letras de Ensayo.

En el “Homenaje a Emilia de Zuleta” del Grupo de Estudios de la Crítica, que ella fundó y que tanto nos dio, en 2004 colaboré con un texto en el cual hablaba de su condición de discípula del joven profesor Cortázar y allí consigné el cuestionario que me contestó para la investigación. Dio respuesta, por ejemplo, a la indagación de cómo eran aquellas lecciones de quien luego iba a ser uno de los nombres sobresalientes de las letras hispanoamericanas: “Sus clases eran de una gran intensidad difícil de definir. Su entusiasmo, el tono agudo y con una ‘erre’ algo gangosa, nos arrastraba inmediatamente hacia el misterio y el goce de la poesía”. Yo definiría así las clases de Emilia, sacando obviamente el tono agudo y la “erre” algo gangosa cortazarianos: llevaba al aula una intensidad difícil de definir y su entusiasmo nos arrastraba al misterio y al goce de la poesía.

Digo poesía y no puedo dejar de pensar en uno de mis poetas, Pedro Salinas, cuya admiración después de haberlo leído y releído con denuedo enriquecí con “Cinco poetas españoles”, publicado por Gredos en España, el libro de Emilia que tanto nos asombró. Ella misma eligió ante una requisitoria periodística de la que participé a Salinas, junto a Pérez Galdós y Tolstoi, como sus escritores preferidos. En mi visita reciente se lo recordé y me confesó segura: “Salinas, sí, por supuesto. Y Jorge Guillén. Pero el más grande fue Rubén Darío”. Otra lección de la maestra. Gracias a esa frecuentación escribí un par de ponencias sobre “La voz a ti debida”, motivadas por la insistencia de Emilia, cuando no, a que participara en

jornadas de crítica. Como se verá, ella siempre estaba detrás de esos proyectos que me formaban, a pesar de que nunca hice vida universitaria después de recibirme. Leí y releo “La voz a ti debida”, cumbre de la lírica española que Emilia nos desgranaba en sus clases y que todavía hoy tiene ecos que vuelven y vuelven en la voz de ella durante sus clases:

“¡Ay, cuántas cosas perdidas
que no se perdieron nunca.
Todas las guardabas tú.

Menudos granos de tiempo,
que un día se llevó el aire.
Alfabetos de la espuma,
que un día se llevó el mar.
Yo por perdido los daba.

Y por perdidas las nubes
que no quise sujetar
en el cielo
clavándolas con miradas.
Y las las alegrías altas
del querer, y las angustias
de estar aun queriendo poco,
Y las ansias
de querer, quererte, más.
Todo por perdido, todo
en el haber sido antes,
en el no ser nunca, ya.

Y entonces viniste tú

de lo oscuro, iluminada
de joven paciencia honda,
ligera, sin que pesara
sobre tu cintura fina,
sobre tus hombros desnudos,
el pasado que traías
tú, tan joven, para mí.
Cuando te miré a los besos
vírgenes que tu me diste,
los tiempos y las espumas,
las nubes y los amores
que perdí estaban salvados.
Si de mí se me escaparon,
no fue para ir a morir
en la nada.
En ti seguían viviendo.
Lo que yo llamaba olvido
eras tú.”

Esos versos se leían en el aula que Emilia animaba con su decir y sus explicaciones sabias. El misterio de la poesía, no se cansaba de machacar, está en la poesía misma, en su lectura, en su experiencia. Y qué experiencia intensa, quemante, era Salinas, el profesor, el ensayista, el corresponsal, porque sus cartas son imperdibles, pero sobre todo el poeta. El misterio y el goce, las dos claves reveladas por Cortázar a Emilia, que habrán sentido ustedes en los versos que acabo de leer. Y ahí está Salinas y ahí, para mí, estaba Jorge Enrique Ramponi. Nuestro poeta de la piedra, del canto y del júbilo, al cual me acerqué también gracias a Emilia.

Fue a fines de los años ochenta que me presenté, dirigido y avalado por ella por supuesto, de que otro modo podía ser, para dos becas del Consejo de

Investigaciones de la UNCuyo destinadas a estudiar a Ramponi. Uno de los trabajos está inédito, es sobre Ramponi y su camino hacia la vanguardia, y el otro es el prólogo de la edición que se hizo de “Piedra Infinita”, de 1991, a través de Ediciones Culturales de Mendoza. Finalmente, un coletazo de aquellos estudios es el epílogo en forma de cartas de la maravillosa edición del poema que tuve la dicha de editar para la bodega Zuccardi. Pero hay algo que la muestra de cuerpo entero a Emilia y que recuerda otro de sus signos distintivos, en el cual es esencial el equipo coordinado que conformaban con Enrique Zuleta Álvarez, su marido: la promoción cultural.

Emilia pidió a su amiga, la viuda de Ramponi, la artista Rosa Stilerman, que por ese entonces estaba muy enferma y casi no salía de su habitación, que me permitiera acceder a los papeles del poeta. Durante muchas luminosas mañanas revisé y fotocopié el archivo ramponiano con cartas, con manuscritos de poemas, con revistas, con recortes. Vi el trazo con tinta verde en una dedicatoria de Pablo Neruda y cartas de Adolfo Bioy Casares, Juan Marinello, Juvencio Valle, Guillermo de Torre y Jules Supervielle, entre muchos otros. Un cantera que me permitió acercarme al misterio de ese hombre misterioso, al que la Argentina le debe un sitio más importante porque fue Ramponi un poeta que le dio prematura continentalidad a esa palabra poética cantada en Mendoza. “Piedra Infinita” la sacó del provincianismo para hacerla dialogar de igual a igual con las grandes voces de la lengua de Hispanoamérica de sus contemporáneos, con Neruda, con Vallejo, con Huidobro. Hay una foto de 1963 donde Emilia posa junto a Ramponi y a Abelardo Vázquez, quizás el poeta que ella prefería y del que escribió en una lección de lo que lectura puede descubrir: “ese hombre profundo, ese poeta, ese bohemio con quien estaremos siempre en deuda porque en sus poemas inventó para siempre una Mendoza que ya estaba allí y no sabíamos verla”. Qué idea tan honda: el poeta inventa algo que ya está pero no sabemos ver.

Y en este sobrevuelo a la poesía y a la generosidad no puedo dejar de agregarle dos situaciones que clarifican lo que significa para un lector haber contado a su lado con una personalidad como la de Emilia, para acceder a algunos libros primordiales. En una oportunidad, para trabajar un tema justamente sobre Salinas, se hacía necesario leer un tomo publicado en España por esos días: “Cartas de amor a Margarita”. Una compañera de estudios, después profesora, me contestó que no iba a prestarme el libro, traído en un viaje, porque en él potencialmente podía haber temas que sirvieran para hacer trabajos y prefería que yo no los descubriera. No importó, porque allí estuvo disponible el ejemplar de Emilia para enfrentar a la estupidez.

Otra vez me facilitó un libro clave, que en la cátedra en que debíamos leerlo habían decidido no ponerlo en la bibliografía porque “no era importante”. Sobre él ha dicho Mario Vargas Llosa, quizás uno de los más finos lectores que dio el siglo XX y lo que va del XXI, que hasta haber leído ese libro siempre había creído que *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* de Ezequiel Martínez Estrada era el mejor ensayo escrito en el continente. Me refiero a *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, de Octavio Paz, que devoré con pasión. Fue gracias a Emilia, porque era difícil encontrarlo en las librerías en aquellos años estudiantiles, que leí esa obra cumbre que en nuestra facultad se pasaba por alto a la hora de estudiar a Sor Juana porque alguien consideraba de escasa importancia. De cuánta estulticia nos puede salvar alguien como Emilia, qué faena contra la tontería ha debido dar a lo largo del tiempo, siempre sin sobresaltarse, con su tono mesurado, su voz cálida, su reflexión inteligente y punzante.

Hace algunos años, dando otra prueba de su desprendimiento, Emilia me recomendó a los organizadores para ir a dar una conferencia en Barcelona sobre el *Martín Fierro*, a la que la habían invitado a ella. Fue así que tuve la obligación de profundizar en el poema hernandiano y me encontré con otro de los temas que me han apasionado. Nuevamente, el desafío y el proyecto

que exige una programa. El método magistral para guiar al discípulo. Creo, además de haber recorrido una y otra vez los versos del poema, haber leído buena parte de la riquísima ensayística que la obra de José Hernández ha motivado. Es otra felicidad que le debo a mi maestra.

Cuando estaba terminando mi carrera, Emilia me citó en su oficina y discretamente me entregó una hoja manuscrita, firmada al pie con su letra inconfundible de lapicera con tinta negra. Me dijo que quería regalarme su testimonio como testigo de una circunstancia que algún día sería historia. Eran los detalles del doctorado Honoris Causa en la UNCuyo otorgado en 1956 a Jorge Luis Borges y el papel que había cumplido su amigo, Félix “Grillo” della Paolera. Destacaba en su escrito que el reconocimiento era una reivindicación al escritor perseguido durante el peronismo y que era importante subrayar “que fue a partir de ese momento cuando comienza la difusión pública de su obra -hasta ese momento patrimonio de algunas minorías- y de su personalidad de escritor”. Borges solía decir que ese era el doctorado que más lo había emocionado y en su habitación tenía enmarcado el diploma, algo que descubrí en una foto de un diario.

Podría seguir, pero temo cansarlos y además, virtud que no aprendí de ella, Emilia siempre ha sido medida, justa, acotada. ¿Qué más puedo agregar? Fui jurado con ella en un premio de novela y coincidimos en el voto a quien ganó; participé de un congreso sobre revistas culturales al cual me conminó a presentar un trabajo, que leí a su lado en San Juan; trabajé bajo su dirección en un importante proyecto para recopilar documentación para un archivo sobre el exilio español en la Argentina por la Guerra Civil; ella colaboró muchas veces en el suplemento “El Altillito de la Cultura” del diario Uno, que yo dirigía, escribió en la prensa porteña en 2011 una reseña de mi novela “Los falsificadores de Borges” con su agudeza y generosidad habituales.

En dos pequeños gestos sentí que le devolvía algo a mi maestra y amiga. Uno, siendo el “padrino”, como ella misma escribió en la dedicatoria de *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, que publicó la

editorial Atril, con cuya editora la puse en contacto. Y el otro fue la realización, con la colaboración de mi amiga Betty Granata de Egües, del suplemento “El Altillo” del año 2000 que le dedicamos por entero. Para aquella tarea contamos además con la complicidad de Enrique, que nos facilitó un tesoro conocido por pocos: cuatro de los preciosos poemas inéditos de Emilia. Esta Academia, por iniciativa de su actual presidente, Rafael Felipe Oterriño, también publicó poesía de nuestra homenajeada. Elegí un soneto porque me sacudió meditando sobre sus circunstancias. Fue escrito en Quequén en 1995 y está dedicado a Enrique, el padre de sus cinco hijos, el cómplice mayor de su aventura vital. Tiene, como la alta poesía, un eco que remite al poeta y su biografía, pero también una flecha apuntada hacia el lector, al que, como en su lectura de Abelardo Vázquez, devela secretos que estaban ahí y le resultaban invisibles:

VALIÓ LA PENA

Aposté por tu amor, y aposté fuerte;
lo puse todo al rojo de la vida,
en ti creí, creí en mi suerte
pero hoy ya no sé si estoy vencida.

Dímelo tú, mi amor esquivo,
dime, dímelo: ¿valió le pena?
Desde estas penumbras en que vivo
en presente lo diré: vale la pena.

Más allá del tiempo y su condena,
aquello que vivimos y gozamos
resplandece con su luz serena.

Como este mar azul que ayer miramos
avanzando tenaz sobre la arena,
dura nuestro amor: valió la pena.

Como ya conté, hace pocos días visité a Emilia. Nos reencontramos y fue muy emocionante volver a oír en su voz lúcida remembranzas familiares y lecciones literarias. Recibí otra vez de ella, me llevé su cariño y su presencia. Como si el tiempo no hubiera pasado y yo todavía fuese ese niño que oía hablar a su abuela de la amiga a la que unían la lectura y, seguramente también, discretas confidencias.

Muchas gracias.